

V

La Marquesa à Eufemia.

Castillejo de Valflores, Enero de 1865.

Casi al mismo tiempo, hija mía, he recibido tu carta y otra de tu hermano: su espíritu está en peor estado que el tuyo; pero tú eres la parte más débil, y á tí acude mi corazón de madre con justa preferencia.

Tu carta me ha hecho reír, y no te negaré que también me ha entristecido: la descripción de tu tía es animada y verdadera: la reconozco; reconozco á la Baronesa Galatea, sin haberla visto jamás, por el retrato que de ella me hizo años há un amigo mío de gran talento.

Sí, Galatea debe ser esclava de sus cabellos y de sus dientes postizos, de su colorete y de su corsé; pero, hija mía, estas son debilidades y no crímenes que provoquen tu odio, ni siquiera faltas que deban despertar tu antipatía.

Seamos indulgentes, como aconseja el dulce y benigno San Francisco de Sales; busquemos el grano de oro, por pequeño que sea, bajo la corteza áspera, y muchas veces podrida, de nuestros semejantes; porque el talento y la superioridad deben emplearse, ante todo, en compadecer á los que nos son inferiores.

Mucho dolor me ha causado el segundo párrafo de tu carta.—*¡Mi tía!*—escribes:—cualquiera diría que me cuesta trabajo el mirar como *mía* á esta señora que tiene ideas tan extrañas.—

Y bien, Eufemia, *tuya*, es, y, como *tuya* debes mirar á la hermana de tu madre; *tuya* es por los lazos de la sangre; *tuya* es por lo que os ama á Pablo y á tí: á los dos, cuando era rica, os colmaba de juguetes y regalos que os enviaba del extranjero y que yo he admirado muchas veces; *tuya* es, pues, por la sangre, por el cariño, y, sobre todo, es *tuya* porque le dáis asilo y mesa en tu casa; la caridad nos obliga á las almas cristianas á considerar y á amar á los desgraciados á quienes favorecemos.

Esa mujer, ligera aún, coqueta y frívola, si tú quieres que hasta eso te conceda; esa mujer, cuyo carácter choca con el tuyo, grave y serio, te cuidaría como la mejor de las madres si te postrase una enfermedad; te velaría, y olvidaría por tí hasta sus adornos y sus postizos encantos; no lo dudes, no se tiene á medias un corazón amante y un carácter bondadoso y lleno de abnegación, como lo posee la Baronesa.

Sólo procurando tu descanso hallarás, además, otras mil ventajas con tener á tu lado á tu tía: una dama elegante, distinguida y de sana moral, como lo es ella, reúne todas las condiciones apetecibles en una señora de compañía; su conversación amena, la variedad de sus conocimientos, sus maneras

exquisitas, la amabilidad de su trato cortés y deferente con todos, atraerán á tu casa relaciones nuevas y agradables: una mujer como la Baronesa halla en nuestro siglo, frívolo como ella, más simpatías que la virtud austera y grave; hoy, hija mía, hay que hermanar lo agradable con lo bueno, porque las imaginaciones, gastadas por el progreso de la civilización, están como enfermas, y las cabezas han perdido ya la santa ignorancia que se aposentaba en las de tus abuelos; hoy tienen más partido las palabras que las ideas, y los graves cálculos se relegan á la soledad; el pensamiento está menos ocioso que nunca, pero trabaja de una manera más silenciosa y más útil que hace algunos años; los hombres emplean su talento en empresas lucrativas, en alcanzar un puesto elevado en el foro ó en la tribuna, porque hoy preside á todo la ambición; las mujeres utilizan su ingenio en alentar á sus maridos para que suban al poder, en gobernar su casa con la mayor economía, y las buenas madres en educar á sus hijos; mas todo pensamiento grave, toda idea grande y luminosa se ha desterrado de los salones, donde sólo es admitido un lenguaje agradable, pero superficial; donde sólo son bien acogidas las frases galantes, pero frívolas; donde sólo reinan la adulación, la lisonja, el *comme il faut*, en fin, que nos han importado de París. El talento en los salones no es bien acogido, porque choca con tanto cerebro vacío como los puebla; así es que he visto, al principio

con sorpresa, y luego con admiración, á muchas personas eminentes sujetarse á hablar tonterías durante horas enteras y á no salir de dos docenas de frases de *cajón*, alternando con los entes más insustanciales.

Y bien, hija mía, para esa conversación de baile y de concierto, la Baronesa debe ser especial, y pronto la verás aclamada como una de las criaturas más agradables; una mujer que habla de todo y no dice nada, que frasea elegante y correctamente, sin intención que hiera, sin grandeza de ideas que humille la pequeñez de los demás, es, te lo repito, inapreciable.

Y después, hija mía, ¿no me dices tú misma que es tan servicial, tan atenta, tan aseada, tan á propósito para llenar los menores detalles de la elegancia y pulcritud domésticas, que son las más estimables y necesarias de todas las pulcritudes y elegancias? ¿Cómo, pues, no has meditado en lo que tu casa y la de tu hermano ganará con ese guarda vigilante de todas las delicadezas, de todos los encantos del hogar? Una cortina levantada con gracia, una persiana entornada con inteligencia, los muebles colocados con buen gusto y limpios con esmero, dan á la morada propia un indecible encanto, un aspecto cómodo y grato á la par, que es para el recinto doméstico lo que el perfume á la flor, lo que el sabor á la fruta, lo que á los brillantes la luz.

Tú, hija mía, permítame que aun te diga la

verdad como cuando eras niña; tú eres buena, virtuosa, bonita, irrepreensible, instruida, y, sin embargo, te falta lo que tu tía posee: el mágico poder que atrae y que retiene, que es la amabilidad; el lazo de flores que sujeta los corazones, que es la indulgencia.

Créeme, la Baronesa, á pesar de sus cincuenta años, de sus cabellos y sus dientes postizos, de su colorete y de sus monadas, tendrá más adoradores que tú con tus diez y ocho primaveras, tu rostro de nieve y rosa y tu espléndida cabellera.

Tal vez así lo adivinas, cuando con alguna amargura me refieres las alabanzas que á la Baronesa prodigaban los jóvenes que oíste en el peristilo del teatro, y que con poca piedad te tachaban de *desgarbada*, es decir, de falta de gracia en tu persona: acaso un sentimiento de ruin envidia llegue á deslizarse en tu alma y empañe su pureza, como un hálito inmundo y corrompido empaña un claro y límpido cristal; pero ¿sería posible que una criatura que empieza á vivir, bella, fresca y llena de gracias, envidiase á otra que toca al fin de su carrera y cuyos encantos físicos son únicamente debidos á su destreza? ¡Oh, no! ¡eso sería vergonzoso y humillante, no sólo para mi Eufemia, sino también para su buena madre, que aunque la quiere buena, la quiere también hermosa!

Consagra, amada mía, un poco más de tiempo á tu tocador y un poco menos á tus labores; descansa algún tanto en la Baronesa del cuidado de

la casa; ella te lo agradecerá como una muestra de confianza, porque si no tiene un profundo y sublime talento, tiene sensibilidad y práctica de la vida; que no se limite Eufemia de Hinestrosa á ser el ama de llaves de su casa; que sea la bella heredera de un nombre ilustre; que, sin abandonar los domésticos cuidados, sepa tocar el piano, dibujar, bordar y todos aquellos primores que hoy se exigen á una joven de su cuna; en fin, hija mía, te lo repito: es preciso ser tan agradable como buena, porque la virtud es sólo perceptible para los espíritus elevados y rectos, y las amables prendas exteriores cautivan hasta á los necios.

Férvidas sacerdotisas de la virtud, hagamos nosotras amar á nuestra diosa tanto como es admirada; revistámosla, hija mía, de blanca gasa; coronémosla de aromadas flores; adornémosla con joyas espléndidas; porque ¡ay! ¡si la cubrimos de tosco sayal, huirán de ella las cobardes, y las cobardes son muchas en nuestro débil sexo!

ANA.

VI

La Marquesa de Valflores á Pablo de Hinestrosa.

Castillo de Valflores, Febrero de 186...

Tu padre fué un suicida; hé aquí ya, hijo mío, descorrido el velo que se extendía ante tus ojos, que te ocultaba la triste realidad.

Jamás ha manchado una mentira los labios de tu abuela; hasta hoy he podido callarte ese terrible secreto; pero ya que lo sospechas, que casi lo sabes, no quiero negártelo; después de descubrir la herida, espero que la Providencia me dará fuerzas para curarla.

Pablo, tu padre, tan fatalmente dotado como tú de una imaginación de fuego y de un espíritu de análisis que no le permitía ninguna ilusión, buscó la muerte sin pensar en mí, que le adoraba, sin pensar en su esposa, que también le amaba ciegamente, sin pensar en sus pobres hijos, que reclamaban su vida; y yo, que hubiera deseado abandonar este mundo como la felicidad suprema, tuve el deber de ahogar ese deseo y de vivir para vosotros.

¡Cuán fácil y cuán agradable me hubiera sido reunirme en el mundo de los muertos á todo lo que más había amado en la tierra!

Pero tú, hijo mío, me tendías llorando tus bra-

zos infantiles; tu hermana, en la cuna, me sonreía como pidiéndome compasión, y yo no podía hacerme sorda á tan elocuentes demostraciones.

No puedo quejarme de mi sacrificio; vuestra ternura me lo ha compensado; ninguna madre anciana ha sido más adorada de sus hijos que lo soy yo de vosotros; y, además, la dulce tranquilidad del deber cumplido hubiera bastado para mi dicha en la tierra, aunque hubiérais sido ingratos á mi amor.

Hoy, sin embargo, tiemblo y me parece que tu cabeza, á fuerza de pensar, empieza á extrañarse como la de tu padre; te veo desencantado, descreído, casi escéptico, infeliz, en una palabra... ¡Oh hijo mío! ¿Acaso seguirás el funesto ejemplo de tu padre? ¿Llegará un día tu extravío hasta el punto de hacerte salir del triste camino de la vida por la negra y tenebrosa puerta del suicidio? ¡Si eso hicieras, no cortarías sólo el hilo de tus días; también abrirías las puertas del sepulcro á tu anciana abuela, que no podría resistir el dolor de tu pérdida!

Vive, pues, hijo mío, vive para mí; si es que mi inútil compañía es tan cara á tu reposo y á tu corazón, vén á mi lado; vén á respirar el aire puro de estos campos; vén á sentarte á mis piés; vén á rezar conmigo bajo los frondosos árboles que vieron la infancia de tu desventurado padre: en la soledad se está más cerca de Dios que en el torbellino del mundo: vén á humillar la grandeza de tu

pensamiento ante el que ha creado esta espléndida y rica naturaleza, y en medio de estos bosques seculares, en medio del grave y augusto silencio de la noche, te sentirás pequeño y mezquino: cuando la naturaleza entera duerma, pasearás con tu anciana abuela, y á la luz de la luna, por la falda de este monte, cuya azulada cima casi llega á los cielos, juntos rezaremos las oraciones que has olvidado, las oraciones sublimes que la Iglesia nos da como bálsamo de todas las penas, porque están llenas de esperanzas celestiales.

¿Que has jugado, me dices? ¿que has perdido? ¿que has consumido en orgías y arrojado á los piés de mujeres despreciables la mayor parte de tus riquezas? No importa; en el corazón de tu abuela hay indulgencia para todo; el día en que seas pobre, hijo mio, trabajarás; quizá sea el origen de tu fortuna el haber despedazado tu manto de oro, para reemplazarle con la clámide de lana de los poetas, la blusa azul de los pintores, la severa toga del foro, ó la noble vestidura de la ciencia: sí, Pablo, tu honrarás cualquiera de estas divisas; y no deploro que te hayas quedado casi pobre; lo único que siento es que, en vez de derretir esas sumas en las aras del vicio, no las hayas ofrecido en los altares de la caridad.

Pablo, tu abuela, á quien tú amas, estimas y veneras; tu abuela, cuya vida y alegría sois tú y tu hermana, te lo dice, te lo asegura, te lo promete en el nombre de Dios: donde quiera que te

encamines por la vía del trabajo, del santo y noble trabajo, llegarás á la cumbre de la gloria: nada hay en tí, hijo mio, que no sea grande, elevado, perfecto; pero padeces el mal del siglo: el hastío; tu imaginación, demasiado poderosa, se devora á sí misma, falta de pasto, y hasta tu fe religiosa vacila ya, como vacila la llama, por espléndida que sea, cuando la agitan encontrados vientos.

El mundo, el pequeño y miserable mundo, no puede, sin embargo, enviar sus sombras hacia tu alma, templada como la de los héroes: tu alma se agita, se cansa, sufre y solloza en los rudos choques del camino: todo le es inferior, todo le hierre; desea más aneho espacio, y es forzoso que se lo des.

Vén á rezar conmigo la sublime oración que llamamos *Salve*: ambos la diremos, á la vez que con los labios, con el corazón, y te sentirás consolado y fortalecido.

¡Madre de misericordia, vida y dulzura, esperanza nuestra, á tí llamamos los desterrados hijos de Eva! ¡A tí suspiramos gimiendo! ¡Señora, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos!

¿No hallas en estas palabras de la oración una dulzura infinita, suprema, á nada comparable? ¿No te explicas todos los males, todos los dolores de la vida, al decir tú mismo que estás desterrado? ¡Oh hijo mio! ¡Sólo las medianías han dudado! Los espíritus fuertes, los seres privilegiados como tú,

han tenido la fe inquebrantable, como las rocas que el mar azota hace siglos en su impotente fuerza.

Hay en la tierra espíritus esforzados, y los hay débiles, Hermanándose en unos y en otros la perfecta humildad cristiana. ¿Te acuerdas cuando yo te hablaba de los santos *terribles*? San Ignacio de Loyola, San Bernardo, San Agustín, San Pablo, San Ambrosio, San Elías y San Jerónimo, eran admirados por tí como los Hércules de la fe, como los Alcides de la Iglesia. ¿Te acuerdas de los santos *amables*? Con este calificativo designábamos al dulcísimo San Francisco de Sales, al bondadoso San Juan Crisóstomo, al benigno San Juan Bautista, al elocuente San Julián, al sufrido Job y al inocente San Carlos Borromeo.

Amabas á estos últimos, pero admirabas con entusiasmo á los primeros. ¡Qué ardiente exaltación coloreaba tus mejillas y hacía brillar tus hermosos ojos negros! ¡Cómo se veía palpar á tu corazón y latir las venas de tus sienes! ¡Ah! tu rica, noble y privilegiada naturaleza no puede haberse cambiado, empobrecido y vulgarizado bajo el soplo helado del mundo! ¡No, hijo mío! Mi compañía, mi amor y mis consuelos curarán tu abatimiento moral: tú volverás á mi lado á ser niño y dejarás de ver la vida en la pequeñez extrema que hoy la ves y te hace detestarla; tú volverás á sentir y dejarás de pensar tanto; viendo crecer tus sensaciones, te encontrarás otra vez joven é inocente.

Yo te enseñaré de nuevo á vivir, y ya curado por la mano delicada de tu madre, buscarás el amor, verdadera fuente de toda dicha, y el trabajo, alimento de las almas ardientes: arroja, hijo mío, las afeminadas sedas del ocio, los acres perfumes que irritan tus nervios, los recuerdos amargos del festín de la vida; sacude tus cabellos del sudor de la orgía; toma el báculo de peregrino y ven á descansar sobre el seno maternal, á sentarte á la orilla del cristalino arroyo, á entonar de nuevo los cánticos de la infancia, á rogar al Supremo Hacedor ante el gran altar de la naturaleza.

ANA.

VII

La Baronesa Galatea á la Marquesa.

Madrid, Febrero de 186...

Es á la vez deber y gusto mío, señora, dirigirme á V. para decirle que en la casa de sus hijos se alberga un corazón más para amarla y respetarla, una persona que la estima hace largo tiempo, aunque sin tener la dicha de haberla visto nunca, y que la conoce por lo mucho que de sus virtudes y noble carácter ha oído hablar á cuantos la han tratado.

Mi hermana adoraba á V., y de ella he apren-

dido yo á admirar el hermoso conjunto de bondad y distinción que tanto distingue á V. y la hace tan superior.

Los hijos de mi hermana profesan á V. la misma idolatría y el mismo respeto que sus padres le dedicaban; y yo sé que el asilo que debo á mis sobrinos, me lo han conquistado los buenos y caritativos consejos de V., pues ellos no me conocían y no podían tener simpatías por su pobre tía desamparada.

Además de las razones que ya llevo dichas, existe otra, señora, para que yo desease hablar á usted por escrito, para que anhelase darle gracias y decirle cuánto la estimo y la considero: he visto la carta que acerca de mí escribe V. á Eufemia; ésta, por uno de los frecuentes descuidos en que incurre, la dejó abierta sobre la mesa del cuarto de labor, y yo, al ver que se hablaba de *la Baronesa*, tuve la indiscreción de fijar en ella mis ojos... ¡Ah Marquesa! en aquellas líneas escritas por la mano de V. he visto toda la nobleza, toda la hermosura de su alma.

Tu tía es tuya por los lazos de la sangre, y sobre todo porque le das asilo en tu casa... ¡Oh, sí, créame V., señora! Ninguna de las graves y prudentes frases con que V. culpa mi ligereza ha podido herirme, cuando he visto las que acabo de mencionar y las que después ha estampado usted al enumerar á mi sobrina mis cualidades de abnegación y de desinterés. Usted, Marquesa, ha leído

en el fondo de mi alma, que está muy lejos de atesorar la elevación que encierra la de V., pero que es cristiana y buena. Sí, tiene V. razón, y por haberme hecho justicia, le estaré siempre agradecida: yo soy capaz de sostener y cuidar á Eufemia en todos los trances más angustiosos de su vida; yo la amo tiernamente por ser la hija de mi adorada hermana, por ser una niña huérfana, por gratitud y por inclinación natural hácia ella; y porque la amo, lamento, como V., que no sea más coqueta y más graciosa, ya que es tan hermosa y tan buena.

El profundo talento de V. no se equivoca al asegurar que yo sea más útil y más agradable que ella para el mundo superficial y vano en que vivimos; esta niña, rica, bella, irreprochable, encantadora, es demasiado grave y demasiado austera para nuestros días, y sólo viéndola puede creerse el método de vida que lleva y que ha aceptado.

Eufemia se levanta con el día, y ella misma se toma el cuidado de llamar á los criados: esclava de sus llaves, va ella misma á sacar las provisiones y á encargar las compras de fuera que necesita la cocina: ella misma limpia y arregla una gran parte de la casa; y no se contenta con ser el guardia vigilante, sino el actor principal de estas faenas, para cuyo desempeño paga más brazos de los que son necesarios.

No está atenta á todo, sino que se constituye en esclava de todo: para no gastar, viste en casa

33890

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

con tanta modestia, que ya raya en la miseria: ella cose, zurce, borda, y la doncella pasa la mitad de la vida en el balcón y la otra mitad delante del espejo, desempeñando el papel de Eufemia, y ésta el suyo.

Los trajes de mi sobrina perecen infaliblemente de la misma forma con que se confeccionaron, ó más bien, que ella misma se confeccionó para ahorrarse el gasto de la modista; no se reforman jamás, alegando que eso sería gastar dinero y tiempo sin necesidad: así es que lo que lleva parece antiguo, amanerado y de un gusto tan pésimo, que toda su belleza no resiste á tan fatal atavío.

¡Oh señora! ¡qué dichosa sería yo si esta niña tomase los consejos de V.! ¡Si quisiera descansar algun tanto en mí del enojoso peso de sus cuidados domésticos! ¡Si atendiese algo más á su persona! ¡Si, en una palabra, dejase de ser tan grave, para ser más amable y más graciosa!

Quizás á mí me sobra de ligereza todo lo que á ella le falta, y acaso ambas estemos fuera de nuestro sitio á los ojos de V.: quizás el talento de mi sobrina y el mío, tan limitados si se comparan con el de V., no comprenden lo que deberíamos hacer; pero su noble y santa palabra ha penetrado en mi corazón, y espero dejar muy pronto alguna de mis costumbres, demasiado mundanas, para entrar en un orden de ideas más conforme con mi edad. ¡Ojalá que Eufemia variase algún tanto á su

vez el orden de las tuyas, y empezara á ser joven, de tan buena gana como yo dejaré de serlo, avergonzada con la noble indulgencia de V. hacia mis trivialidades!

Otra pena me agobia: ¿llegará á envidiarme mi sobrina? Esta niña, huérfana de mi hermana, ¿me culpará de los homenajes que los hombres dedican á *mis frases*, en tanto que esos mismos hombres desdeñan *sus ideas*? ¡Oh! ¡eso sería para mí insoportable, porque yo amo á Eufemia como si fuera su madre, y le deseo la suerte más dichosa!

Algunas veces me persuado de que esta pobre niña se empeña en ahorrar todo lo que su hermano malgasta, y que aunque ya tiene su fortuna independiente y separada de la de Pablo, desea aumentar la que le es propia para reponer la de éste; pero yo nada puedo decirle acerca de este particular, porque ella no tiene conmigo ninguna confianza; sólo es presunción mía lo que digo, porque creo que mi sobrina no puede ser guiada en su método de vida por una ruín y mezquina avaricia.

Pablo está siempre aburrido, y su frente se halla cargada de negras nubes: su tristeza habitual ha llegado á ser hipocondría. Eufemia está asustada; pero con su reserva habitual y constante en ella, nada dice de sus temores. Por fortuna, Pablo parece decidido á irse al lado de V. á pasar algunos días, y la compañía de su buena madre será el mejor bálsamo para sus pesares, ocasionados todos por una mujer á quien amaba locamen-

te, y á la verdad, sin merecerlo, pues era de una reputación, cuando menos equívoca.

Mis dos sobrinos no tienen la feliz disposición de ánimo que yo quisiera: sus caracteres é inclinaciones difieren mucho, y toda la petulante ligereza y poética imaginación del hermano hacen falta á la hermana.

¡Quiera el cielo, para el que no hay imposibles, que su amor de V. cambie á los dos! Desde que V. falta de su lado es desde cuando, según mi parecer, las tendencias de ambos se han desbordado; y sin el amor y los consejos de V., Pablo caería en el abismo, y su hermana se convertiría en un sér vulgar, reconcentrado, casi feroz.

Adiós, señora; no olvide que es suyo el cariño y el respeto de la que se ofrece su mejor amiga y servidora

GALATEA.

VIII

Modesta Pineda á la señora de Bornos.

Castillo de Valflores, Marzo de 186...

Tranquilízate, mi amada y buena Teresa: tu hermana está contenta, está buena, es dichosa: al lado de esta respetable señora, de esta noble dama, de este sér el más generoso y tierno que conozco, no puedo menos de serlo.

No me es dado pintarte bien á la Marquesa, hermana mía; tal conjunto de hermosas cualidades no es para descrito, y menos para descrito por mi tosca y humilde pluma.

A su lado el deber se convierte en felicidad; todo es bello y fácil en esta casa, porque hasta sus criados, educados por ella, tienen algún reflejo suyo, y se les ve exentos de la rudeza y mala intención que es casi siempre patrimonio de la ignorancia y de la servidumbre.

Mis obligaciones son aquí muy sencillas, y las cumplo con indecible placer: me levanto muy temprano y arreglo yo misma el gabinete particular de la Marquesa. Antes de venir yo, era esto obligación de su antigua camarera Marta; pero le he rogado que me ceda este cuidado, pues tengo un gusto indecible en que lo que agrade á los ojos en su habitación esté arreglado por mi mano.

Colocar el sillón en el sitio que prefiere, arreglar sus libros sobre el velador, mullir los almohadones en que apoya los piés; tener su gabinete en un temple dulce é igual, cuidando yo misma de la chimenea; arreglar su lecho, su reclinatorio, su cómoda, su buró, su lavabo, todo esto es para mí tan grato, que no lo cedería á nadie. Cada día cambio las flores de los dos vasos que están colocados á los piés de un bello Crucifijo: este Crucifijo corona la parte superior del buró, donde esta santa señora escribe á sus nietos largas cartas, que frecuentemente la arrancan lágrimas.

¡Dios míos! ¿qué serán esos dos jóvenes? ¡Hacer llorar á esta anciana respetable, me parece un crimen; un crimen tal, que casi no puedo perdonárselo!

Después de arreglar el gabinete de la Marquesa, bajo al piso inferior, donde hallo á todas mis educandas que me esperan: las enseño á coser, á leer, á escribir y algo de música, para que canten en la iglesia de la aldea en las festividades de la Virgen.

La Marquesa y el señor cura toman tambien parte en la instrucción de estas pobres niñas, que, gracias á nuestra bienhechora común, serán un día ejemplares madres de familia.

A las doce se van ellas á comer, y yo subo á leer á la Marquesa en voz alta, durante una hora; otra hora trabajo á su lado en alguna labor de aguja.

A las dos comemos, y á las tres bajo de nuevo á mi clase; entonces suele acompañarme la Marquesa: su venerable y dulce presencia en la escuela es el rayo de sol que cae en un campo de flores: todas aquellas figuritas en miniatura se acercan á ella, le besan la mano, la abrazan y se asen á sus vestidos; ella besa á la una, acaricia los cabellos de otra, da palmaditas en las mejillas de las mayores, y distribuye un cestillo de frutas y una caja de caramelos con su blanca y aristocrática mano entre esas inocentes hijas de sus colonos, de sus vaqueros y de sus criados en general.

Los miércoles y los sábados son los días que se deja ver en la escuela, y esos días son de fiesta para todas, pues cada una lleva además á su casa una moneda.

A las cinco se cierra la clase; la Marquesa y yo vamos á dar un paseo y á tomar un vaso de leche en alguna alquería cercana, ó chocolate con el señor cura. A las siete se reúnen ocho ó diez personas en el salón, y entretanto que unas juegan una inocente partida de cartas, otras hablan; yo hago labor á la luz de la misma lámpara que alumbrá la mesa de los que juegan; á las diez cada uno se va á su casa. La Marquesa y yo tomamos una cena ligera, y después de hacer la plegaria con todos los servidores del castillo, costumbre patriarcal que la Marquesa conserva, cada uno se va á su cuarto á buscar el reposo de un día dulcemente ocupado en el santo y noble trabajo.

Ya ves, Teresa, que soy dichosa, y que puedes estar tranquila acerca de mi suerte.

Yo me acuerdo de tí y de tu buen esposo con tanto amor como ternura: tampoco tú, hermana mía, has sido desgraciada en la lotería de la vida, pues te ha tocado un compañero bueno y fiel; pero ¡qué gran trabajo has de imponerte para criar y educar á ocho niños, mi pobre hermana! ¡Tú, delicada y distinguida por naturaleza y educación, te levantas con el alba y te acuestas á la una ó las dos de la madrugada, para coser y arreglar la modesta ropa de tu esposo y los pobres vestiditos de

tus hijos! ¡Tú, sin otra ayuda que una anciana criada sorda y casi inútil, atiendes á todo y tienes tu limpia casa en el orden más perfecto! ¡Y aun me compadeces y te lamentas de mi suerte! ¡Ah! ¡y qué bien dejas conocer toda la bondad y ternura de tu alma cristiana! ¡Lloras porque no estoy á tu lado y porque cómo el pan de la servidumbre! ¿Cómo podré yo pagarte jamás tu interés y tu afecto? Pero no, no me compadezcas: yo no podría permanecer con vosotros, sin arrebatár á tus hijos una parte de su pan: yo soy joven, mucho más joven que tú, pues cuento diez años ménos, y, como tú, tengo valor y sé trabajar: si el cielo no me hubiera deparado la noble protectora que por tanto tiempo lo fué también de nuestro padre, yo hubiera sido la camarera de alguna dama, ó hubiera abierto una escuela de niñas en esa misma florida Valencia donde habitáis; porque, créeme, Teresa, el pan de la holganza es el amargo; el del trabajo, aunque este trabajo se llame *servidumbre*, es muy sabroso.

Dices que aquí no me casaré, y que á tu lado quizás hubiera hallado un compañero digno de mí: no te aflijas por eso: si Dios me destina para casada, lo seré; si no, mi porvenir está elegido: el día en que mi noble bienhechora suba á la mansión de los justos, yo abriré una escuela en un pueblecito, quizás en la misma aldea de Vallfiores, y ganaré el pan de cada día enseñando á estas pobres niñas, y después á sus hijas.

Soy feliz, hermana mía, como una verdadera cristiana; miro el porvenir con calma, y el presente es para mí el más dichoso: sé que tú tampoco eres desgraciada, porque, á pesar de la humilde medianía en que plugo al Todopoderoso colocar tu existencia, caminas por la senda de la vida con tu mano apoyada en la mano de un compañero digno, que te estima en lo que vales, que adora á sus hijos y que es para ti un sostén y un amigo; con diez mil reales de sueldo, criar y educar á cinco niños y á tres niñas, parece milagroso; y, sin embargo, es muy fácil para vosotros, mi buena Teresa, mi querido y honrado Esteban! La alegría y la paz reinan en vuestra casa, y vuestras modestas comidas son muy agradables y sabrosas. ¡Cuánto recuerdo vuestro apacible interior, vuestra aseada casita y á mis lindas sobrinas y sobrinos, todos gruesos y rosados como los niños de Boucher!

Adiós, mi querida é inolvidable hermana; abraza á Esteban y á los niños: con destino á éstos te envío una provisión de medias, y una chaquetilla de punto para tu primogénita, mi encantadora Inés: adiós, y recibe dos tiernos besos de tu hermana que te quiere mucho

MODESTA.